

www.elboomeran.com

BEETHOVEN



Richard Wagner

BEETHOVEN

Seguido de
LA DIRECCIÓN DE ORQUESTA

Edición de
Blas Matamoro

fórcola

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Retrato de Beethoven con la partitura de su Missa solemnis, circa 1820, por Joseph Karl Stieler

Título original:

Beethoven (1870); Über das Dirigieren (1870)

© Edición y prólogo,
Blas Matamoro, 2016

© Fórcola Ediciones, 2016
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-1652-2016

ISBN: 978-84-16247-60-8

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
<i>Wagner teórico, doctrinario y patriota,</i> por Blas Matamoro	
NOTA A LA EDICIÓN	29
Beethoven	31
La dirección de orquesta	99
PEQUEÑA GUÍA BIOGRÁFICA	163
NOTAS	171
ÍNDICE ONOMÁSTICO	179

PRÓLOGO

Wagner teórico, doctrinario y patriota

Blas Matamoro

TRAS LAS SOFOCADAS REVUELTAS habidas en varias ciudades de Europa durante 1848, la policía del reino sajón difundió un retrato de Richard Wagner con un decreto de busca y captura. El joven músico, siguiendo las ideas revolucionarias y libertarias de Arnold Ruge y Mijaíl Bakunin, había participado de aquellos hechos y debió huir al exilio. Un cuarto de siglo más tarde, ya estaba transformado en uno de los músicos nacionales por excelencia en el flamante Imperio alemán.

Los escritos wagnerianos que ofrece el presente volumen se sitúan en el vértice del proceso, en 1870, cuando los ejércitos tudescos, encabezados por Prusia, derrotan al Imperio francés y proclaman en Versalles su propio imperio, convirtiendo en emperador al rey prusiano. En Wagner, el proceso viene de lejos. El fracaso de la revolución fue para él equivalente al fracaso de la historia humana. Su refugio fue el arte, la nueva religión romántica que venía a sustituir a la política como antes ésta había sustituido a las religiones establecidas: una tarea gigantesca de redención. De no ser así, la acechanza del nihilismo habría de imponerse. Entre lo uno y lo otro, entre el nuevo culto y el reino del vacío, se tensó la vida de Wagner. Para ello luchó contra la vacuidad por medio de su obra y de la busca del éxito mundano que



Mijaíl Bakunin

la sostuviera materialmente. A cualquier precio. Lo importante era conseguir ese precio.

Para ello debió abrir un proceso de explicaciones y sucesivas conversiones que lo «limpiaran» de un pasado fácil de juzgarse como subversivo. En 1864 publicó *Sobe Estado y religión*, donde afirmó no haber tenido nunca una adscripción política, de modo que jamás había vinculado el arte con aquélla. Una proclama de autonomía del arte que repetirán todos los wagnerianos, estetizantes, decadentes y modernistas, que vendrán más tarde.

No obstante, su proyecto de una confederación alemana liderada por Baviera era netamente

político. Se enfatiza en 1866, cuando Prusia hace la guerra contra Austria-Hungría, Sajonia y el reino bávaro, y los derrota. Enseguida, Wagner rectifica y propende a un acercamiento conciliatorio entre Baviera y Prusia (cf. los artículos de la serie *Arte alemán y política alemana*). Más aún se acentúa en él esta ideología nacionalista y racial al republicarse en 1868 *El judaísmo en la música* y empezar a dictar *Mi vida*, un texto que sus más estrictos biógrafos juzgan falaz, indiciario y justificatorio.

Desde luego, el texto sobre lo judaico en el arte fue largamente contestado, tanto en Alemania como en Francia. Del torrente letrado que provocó, rescato las observaciones del gran escritor Gustav Freytag, el autor de una decisiva novela alemana del siglo XIX, *Debe y haber*. Freytag defendió la situación de los judíos alemanes en la sociedad, definiendo su corrección como ciudadanos y su integración en el mundo cultural germánico.



Gustav Freytag

Pero lo más agudo de su crítica es observar que Wagner, en realidad, está censurando en los judíos lo que él mismo define como judaico y que lo involucra: un arte defectuoso por exceso de refinamiento, rareza, rebuscamiento y efectismo. Desde luego, no ha faltado quien insistiera en que Wagner, hijo bastardo y adulterino de un señor Geyer –amante de su madre, que lo crió como hijo propio que era a pesar de no llevar su apellido y del cual era vivo retrato–, sospechara de la calidad criptojudía de Geyer. No hace falta insistir en la reiteración del tema en sus dramas: adulterios, incestos, culpas innominadas y redenciones sacrificiales por todas partes. Proyectar todo esto en el pueblo maldito y elegido era un modo de autorretratarse en negro: Richard Wagner como un judío wagneriano.

Francia vencida lo estimula a escribir *Una capitulación*, texto que hasta los más wagneristas de los wagnerianos consideran un estímulo para la vergüenza ajena. Ciertamente, Wagner se había resentido por la silbatina y el pateo a su *Tannhäuser* en París, olvidándose de que había sido un protegido del emperador Luis Napoleón y que existía todo un movimiento wagnerista francés, a partir de Baudelaire y Mallarmé, en que había escritores como los citados, Catulle Mendès –judío, por cierto– y Villiers de l'Isle-Adam, y hasta músicos como Saint-Saëns y Chausson. Así balanceado, sin embargo, desató su ira sagrada y la llevó hasta desear el incendio de París y ver en el triunfo de Bismarck un juicio de Dios y un doloroso aunque saludable comienzo de regeneración nacional francesa. Todo esto es, cuando menos,



Richard Wagner, por Franz Hanfstaengl

un molesto exabrupto. El horror se completa si vemos a Bismarck como el mayor terrorista de Europa, sometiendo a vasallaje a Austria, Dinamarca, media Alemania y Francia, y anunciando el militarismo prusiano que protagonizará dos guerras mundiales.

Instalado en el curso del mundo, Wagner iba actualizando sus simpatías. El antes abominable Bismarck recibe un manuscrito suyo, un poema de homenaje al ejército imperial. En 1871 será recibido en la Academia Real berlinesa y por la privanza del

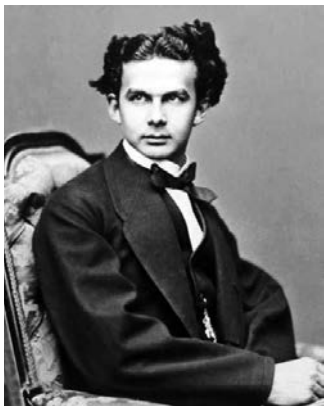
férreo canciller, a quien retratará como un príncipe amable y encantador. Escribirá una marcha militar para el imperio y dirigirá un concierto en presencia de la pareja coronada. Las barricadas de 1848 habían sido limpiamente demolidas y el pavimento que las suplantó permitía un desfile de tropas con uniforme de gala.

Estos años son asimismo los de dos relaciones fundamentales en su vida personal y pública. Luis II de Baviera y Friedrich Nietzsche, cuya amistad, luego desaguada en violenta ruptura, empieza en 1868. El rey bávaro siente por él la veneración de un devoto por un santo y paga cuanto le haga falta. Wagner le escribe musiquillas –de esas que él llama musiquillas– como cantos de cumpleaños y marchas reales. Se proyecta una reforma general de la ciudad de Múnich para instalar un teatro destinado a los festivales wagnerianos, el que en su momento se construirá en Bayreuth.

La corte muniquesa ve con pésimos ojos esta influencia del músico sobre el monarca, su precio excesivo y hasta un orillo propio de un vodevil francés, mal que le pese a quien le pesare: Wagner es amante de Cósima Liszt, la mujer del director de orquesta Hans von Bülow*¹, otro devoto wagneriano. Esto lo sabe todo el mundo, y que dos hijas de Bülow han sido engendradas por Wagner y, en prueba de ello, llevan nombres de personajes wagnerianos: Isolda y Eva. En fin: que Wagner resulta expulsado de la capital bávara y marcha a un nuevo destierro, en esta ocasión a Suiza.

1 Los nombres marcados con asterisco remiten a la Pequeña guía biográfica de la p. 163.

A la vez, la época le es propicia para la producción y difusión de su obra, una empresa más que difícil porque implica reformar las puestas en escena, reeducar a cantantes e instrumentistas, corregir a los incorregibles directores de orquesta, acostumbrar a los públicos a horas y horas de espectáculo y hallar el dinero suficiente para tan magna parafernalia. En 1865 se estrena en Múnich *Tristán e Isolda*, con enorme éxito local. En 1868, igualmente, *Los maestros cantores de Núremberg*. Al año siguiente, en cambio, *El oro del Rin*, que ha escapado al control del autor, suma un desastre. Ese mismo año va acabando *Sigfrido* —se completará en febrero de 1871— y empezando *El ocaso de los dioses*. En 1871, en presencia ya de un público internacional, la reposición múniquesa de *La valquiria* resulta un triunfo.



Luis II de Baviera



Friedrich Nietzsche